CAYETANA

María Jesús Duque Romero

CAYETANA

Bohodón Ediciones

Cayetana

Primera edición: septiembre de 2026
© De la obra: María Jesús Duque Romero

© Bohodón EdicionesTM S.L.
www.bohodon.es
Avenida Ensanche de Vallecas 42
28051, Madrid
e-mail: ediciones@bohodon.es

ISBN-13: 979-13-87719-86-9
ISBN E-book: 979-13-87719-87-6
Depósito legal: M-21647-2026

Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo o por escrito del editor.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra

A las amigas
que la vida nos regala
y el tiempo no nos arrebata

CAPÍTULO 1

Hacía décadas que no visitaba mi pueblo. El coche se acercaba a esa curva que tanto recordaba de mi niñez. Ahora, trazada con asfalto, nada que ver con el camino de albero que tantas tardes recorrí de la mano de mi madre. Mis nietos no lo sabían. No podían intuirlo. Esa recta que desembocaba en una curva cerrada daba paso a la estampa más bella que mi retina guardaba. La iglesia prioral del castillo sobre un cerro verde. Que me hubiera marchado de mi pueblo no significaba que no guardara, a buen recaudo, todos y cada uno de mis recuerdos. ¡Cómo olvidar el majestuoso monumento y aquellos torreones y riscos que tantas veces llenaron mis tardes de juegos y aventuras!

Mis piernas, tras tantas horas de viaje, estaban resentidas y entumecidas. Pero sabía que, en cuanto el automóvil alcanzase esos metros, mi corazón estallaría de gozo y de añoranza también. Había tardado muchos años en hacer realidad mi deseo de volver a Aracena. No podía quejarme. No podía permitirme un lamento. Era tal la alegría que sentía que no pensaba en malgastar ni un solo minuto en aquejar los dolores. Ya tendría tiempo de acordarme de los achaques de mi vejez cuando volviera a la ciudad.

Mi nieto aminoró la marcha y yo me aupé en el asiento para ver la imagen de la Virgen de Fátima, que, pegada al arcén del camino,

daba la bienvenida a caminantes y viajeros. No la hallé en el lugar. ¿Sería un sueño de mi infancia que yo misma había creído real? Pero los recuerdos eran tan claros y tan concretos que dudaba que no fueran verídicos. Cada mes de mayo, acompañábamos a mi madre por las tardes a visitar a la Virgen. Era una estatua de piedra blanquecina, colocada sobre un pedestal. Solíamos traer flores silvestres. En el mes de María nunca le faltaban ramos. Allí mi madre se mostraba devota y ferviente de Nuestra Señora de Fátima. Ella, que no evocaba mucho ni a Dios ni a los santos, en mayo se transformaba y se convertía en una piadosa mujer. Hasta los seis años, no supe el porqué de esas plegarias. Cuando estaba embarazada de mi hermano mayor, mi madre trabajaba en la finca del Monte Periná. Los primeros dolores del parto le cogieron justo al pasar por la Virgen. Fueron tan espantosos y repentinos que, doblada sobre sí misma, juró a la Señora visitarla cada mes de mayo si la salvaba de aquel trance y el niño no sufría. Mi hermano José María nació esa madrugada. Un trece de mayo. De haber sido niña, seguro que hubiera tomado el nombre de Fátima, pero al ser varón lo bautizaron con el nombre de mi abuelo paterno. ¡Ay, mi hermano! ¡Ay, mi querido José María, cuánto sufrió y qué mala suerte tuvo en la vida! Fue en esta misma curva donde lloró de emoción. Siempre nos lo contaba. Mis hermanos pequeños y yo le suplicábamos que nos relatase su aventura.

—¡Es la última vez que os lo cuento! —decía siempre. Carraspeó para aclararse la voz, dándose importancia—. Cuando yo era soldado…

—¡No, no! —protestaba yo con ímpetu—. Narra desde el principio. Desde la misa de los quintos.

—¡De eso ya ni me acuerdo! —se excusaba él, a sabiendas de que no le creíamos.

—José María, no te hagas de rogar y ¡empieza ya de una vez, que nos dan las uvas!

Con mucha paciencia comenzaba a narrar su historia. Un relato triste y alegre a la vez, pero que nunca nos cansábamos de oír. Con los años, entendí el daño que le provocaba recordar esos hechos. Lo mucho que sufrió y todo lo que perdió. Fuimos crueles, sin saberlo, por obligarlo a rememorar una y otra vez. Era demasiado bueno con nosotros, a pesar de lo inoportunos que éramos con él.

Mi hermano regresaba a casa bajo el sol macilento de un sábado de febrero. José María era un mozo de cuerpo fornido y alma bien templada. Terminó en la tarea ruda de podar el olivarillo frente a la casa campesina, tomó la vereda y dejó sobre un poyete el calabacino y los zahones, emprendiendo luego el camino hacia Aracena. Dejó atrás el campo, cuyo silencio rompía el agua bulliciosa deslizándose por entre el pedregal, los ladridos de los perros guardianes, el canto de los pajarillos entre las juncias húmedas y el tintineo de las esquilas del ganado que descendía por el valle desde el alto monte, eternamente florido y saturado de aromas.

José María, contento de sí mismo, con la alegría del trabajador satisfecho, cantó una copla que era como la exteriorización de sus pensamientos y de los anhelos de su alma:

Vente conmigo y haremos
una casita en el campo
y en ella nos meteremos.

Bien sabe Dios que a quien invocaba en su cantar, soñando con llevarla al campo a una casita que imaginaba nido de venturas, era Rosario, su amor, la morena de sus fatigas. En cuanto sonaba el toque de ánimas en las campanas de la iglesia, salía a la reja para alumbrar con la luz de sus ojos de fuego el alma enamorada de mi hermano. Llegó al pueblo José María; sus botos nuevos de ferrada suela, que estaban hechos para el campo, en cuanto entraron en Aracena iniciaron su protesta contra el enlosado, resbalando a

cada paso, hasta que, agarrándose a la reja de la casa de su novia, cesó el martirio del mozo y se dibujó su sonrisa en presencia de la bien amada.

—Dios te guarde.

—Con Dios vengas.

—Tú, tan fea como el sábado.

—Y tú tan *descarao*. Pues no tengas ganas de broma, que el horno no está *pa* bollos.

—¿Qué pasa?

—Hoy el municipal se ha *pasao* por aquí, sabiendo que tú vienes *toos* los sábados, y me ha *dejao* esta papeleta *der cabirdo pa* ti; creo que es cosa de las quintas, que os marcháis el lunes *pa* Valverde.

Al decir esto, gimió Rosario; José María cogió silenciosamente el papel que con mano temblorosa le alargaba. Quiso romperlo, después de deletrearlo trabajosamente por falta de luz y sobra de letras. Se acordó de paso y para nada bien oliente de la pobre madre del municipal y de las de todos los individuos del Gobierno, que tan de sopetón mandaba la orden de concentración de quintos en la zona de reclutamiento.

Quedaron silenciosos los novios y como ensimismados en los mismos pensamientos: el idilio roto; los ensueños de amor ahuyentados por la brutal sacudida de la realidad; malograda la dulce vida apacible en la casita del campo… Todo destrozado, hasta la esperanza del porvenir; porque habiendo guerra tan lejos, pensaban ambos que muy bien podía ocurrir, al separarse ahora, que no se volviesen a ver hasta la eternidad.

Pensando en su desventura lloraron los dos, y el sabor amargo de las lágrimas vertidas se tornó dulce por virtud de un beso que enterneció incluso los barrotes de la reja alcahueta.

En aquel preciso instante, allá por entre los álamos de Santo Domingo, rasgueaban sus guitarras los otros quintos, que iban unidos despidiéndose del pueblo. La voz clara de uno de ellos hendió

el silencio de la noche apacible, inspirando su copla en la visión sombría del castillo lejano y de la vieja iglesia, donde contaban que entró el diablo y rompió un farol:

Mi madre te rezará,
Virgen del Mayor Dolor,
y a ti, Virgen del Rosario,
ya te rezará mi amor.

José María, al oír la oportuna copla de sus compañeros, dijo adiós a Rosario, se soltó de la reja, dio un resbalón por culpa de los ferrados botos nuevos y, armando más ruido que un escuadrón de caballería al trote, se unió al grupo de muchachos.

En la mañana del día fijado para ponerse en camino hacia Valverde, hubo misa en el castillo. Las madres y las novias, puestos los ojos en el altar, sollozaban, entre los rezos que elevaban a la Madre del Mayor Dolor, doloridas de amores santos, cuya protección ponían al amparo de la guardiana de Aracena.

Rosario, la amada de mi hermano, estuvo de rodillas durante toda la misa y ofreció, transportada de fe, una promesa a la Virgen: «Si vuelve él, Madre del Mayor Dolor, iré descalza detrás de ti el día de tu procesión solemne». José María, por su parte, también se encomendó a la Reina de los cielos, prometiéndole un par de velas de a libra que encendería por su propia mano el día del retorno.

Acabó la misa, hubo las dolorosas escenas de despedida consiguientes y, a poco, por las verdes praderas de San Jerónimo, iban a paso ligero camino de Valverde. Cuando llegaron a las cuestas del Reguengo, contaba mi hermano, rompieron todos a llorar.

Combatieron en el Zoco del Jemis. El más sangriento de cuantos se libraron en la campaña africana.

Muy de mañana, entumecidos aún los cuerpos de los soldados que aguantaron durante la noche la cruel caricia de la lluvia

menuda y silenciosa, sonaron las cornetas, se movilizaron las fuerzas y se emprendió la marcha hacia el peligro, afrontándolo con gallardía. Yo siempre imaginaba a José María como el soldado que abría camino a su batallón. Dispuesto a luchar con su físico bravío y su fuerza varonil. Mi hermano Miguel lo admiraba y quería ser como él. Decía que deseaba cumplir los dieciocho años para poder servir. Si hubiéramos tenido más recursos, no dudo de que hubiera sido militar. Pero con tantas bocas que alimentar, a los diez años mi padre lo puso a trabajar en el campo y se le acabaron sus sueños de combates y contiendas.

—¡Yo quiero ir a luchar! —decía cuando oía narrar las anécdotas de los asaltos.

—Te aseguro que por nada del mundo te querría ver allí —reprendía cariñoso mi hermano mayor—. Una cosa es hablar de la guerra aquí, junto a la candela y bajo techo, y otra, muy diferente, vivir bajo la avalancha de balas.

—A mí me importa poco que azote el vendaval, que arrecie la lluvia y que aceche el enemigo.

—No sabes lo que dices. La guerra no es ningún juego. No es nada similar a tus combates infantiles en la chopera de los Tellos —sentenciaba José María.

Él seguía con el relato de sus recuerdos bélicos y yo me apenaba por todo lo que había vivido. Sufría al saber que la lluvia les calaba hasta los huesos, que encharcaban sus pies en el cenagoso lodazal donde chapoteaban los caballos y se atascaban los cañones, bebiendo nada más que lágrimas producidas por la añoranza, alimentándose tan solo con la esperanza de salvarse, sintiendo el tropel de los corazones que andaban a vuelcos dentro de sus pechos…

—¡No, no sabéis lo que es la guerra! —nos repetía.

Al cesar aquel gran combate en el Rif, los soldados serranos se fueron reuniendo en el campamento. ¡Uno faltaba! Y todos se echaron a buscarlo en las camillas de los heridos con la esperanza

de que aún conservase un resto de vida. No estaba allí y se resignaron a hallarlo muerto entre el montón de cuerpos anónimos e inanimados. Tampoco lo encontraron y pensaron que el enemigo lo tenía prisionero o que había hecho desaparecer su cadáver destrozado en las barrancadas.

El desaparecido era mi hermano, el mozo fornido al que durante todo el combate se le vio valiente, audaz, heroico, disparando de pie en la guerrilla, aguantando con el cuchillo calado cuando se llegó al cuerpo a cuerpo.

Tornaron a Aracena después de la campaña los bravos héroes, menos aquel que en la misa de los quintos ofreciera a la Virgen las dos velas de a libra para el día de su vuelta. Los que llegaron subieron al castillo en acción de gracias, y tras describir de boca en boca las hazañas que cada cual llevó a cabo en la guerra, todo quedó olvidado, hasta la memoria del infeliz que se quedó ignorado en tierra africana sobre los campos del Rif.

Aparte de nosotros, su familia, tan solo conservó el recuerdo del desgraciado José María, su novia, Rosario; pero, perdida la esperanza de que tornase, a requerimientos de otro mozo y antes de que se marchitase su juventud, contrajo compromiso y luego nupcias, constituyendo un hogar honrado en la casita del campo que soñó habitar con su primer amor. La odié por acometer tal desfachatez. Omitir su noviazgo con mi hermano. Tener ojos para otro… Mi madre, desgarrada por perder a su primogénito, intentaba calmar mi aversión por Rosario.

—¡La odio!

—No me gusta que hables así.

—Ya no es tan guapa. ¡Que se case con quien quiera!

—Rosario tiene derecho a rehacer su vida. Es joven. Cuando seas mayor lo entenderás.

—Y cuando vuelva José María, ¿qué le vamos a decir? —Mi madre silenciaba porque daba por fallecido a mi hermano, pero yo

tenía la esperanza de verlo regresar, de que me volviera a hacer cosquillas y que me elevara por los aires haciéndome reír.

Mi madre me acariciaba para tratar de calmar mi rabia, aunque en el fondo quería convencerme de que habíamos perdido a José María para siempre.

Tenía la confianza de ver regresar a mi hermano y me negué a comprender a Rosario. Las semanas y los meses transcurrían, y José María no volvía. Su antigua novia lucía barriga fecunda y me desanimé al verla una mañana comprando en la plaza de abastos. Me escondí tras las faldas de mi madre porque no me apetecía ni siquiera regalarle una mirada.



Un día, cuando su hijo correteaba por su hacienda, llamó a las puertas de ella un mendigo sucio y harapiento. Pedía por el amor de Dios una limosna y, al dársela, Rosario, con solícita caridad, se vio sorprendida reconociendo a José María, su primer novio, el que creyó perdido para siempre.

Él no recibió menos sorpresa al ver a su amada; pero, reconociendo la verdadera situación, sollozó apenado y sintió que se vertía sobre su alma la amargura de la desesperanza. Se retiraba ya sin demostrar haber conocido a Rosario y aprovechando el estupor que a esta le causara su presencia, cuando sintió que pronunciaba su nombre dulcemente.

Era Rosario, que, repuesta de la primera impresión, llamaba a José María con un poco de amor, con un mucho de pena, con un algo de curiosidad. José María volvió atrás y contó su triste odisea. En el combate famoso donde se le tuvo por muerto, fue hecho prisionero por los moros; lo internaron en las cabilas, lo trataron como a una bestia, le hicieron trabajar sin descanso, lo

azotaron; y un día, después de muchas jornadas interminables, logró escapar.

Corrió hasta un campamento francés junto al río Muluya, lo recogieron los soldados y le facilitaron por Argelia pasaje para España. Desembarcó en Almería y desde allí venía a pie, enfermo, implorando la caridad por ciudades, villas y aldeas. Sintió al llegar a la sierra que le faltaban las fuerzas; pero al vislumbrar desde lejos el farolillo de la Virgen de Guía, se fortaleció y prosiguió la caminata ansiando llegar para saber de su Rosario, que al final de sus desdichas la hallaba esposa de otro e imposibilitada para cumplir la palabra de amor comprometida.

Solamente le quedaba ya que cumplir una promesa. Le dijo a la Virgen que volvería, y volvió; le dijo que le encendería dos velas por su propia mano si tornaba, y fue a encenderlas.

Contaron en el pueblo que la Virgen del Mayor Dolor lució ante sí dos velas de a libra que trajo un mendigo errante. Sin saber muchos que el indigente era mi hermano.

Rosario fue descalza aquel año tras la Virgen el día de su procesión, sin que su marido acertase a dar con la causa que indujera a su mujer a semejante voto. Fue entonces cuando la perdoné. Quién sabe si ella vivía en penitencia eterna y soñaba con el beso en aquella reja de venturosa memoria.

Una aclamación generalizada de mis nietos me despertó de la ensoñación. Habíamos pasado la cancela del Chalet de Checa y la impresionante edificación mudéjar les dejó sin habla. Mis ojos se emocionaron y no pude evitar las lágrimas. No me importaba que me vieran llorar. Ya no importaba.

CAPÍTULO 2

—Abuela, te has quedado muy callada —comentó desde el asiento de atrás mi nieta.

—Estoy mirando toda esta belleza.

—¡Es bonita Aracena! —dijo mi nieto, al volante, sin dejar de mirar el paisaje—. Ese castillo recibiendo al viajero que llega…

Me perdí en la inmensidad de mi memoria mientras mi nieto me hablaba. No acertaba a escuchar lo que me decía. Ya solo oía dentro de mí mis añoranzas y las imágenes de un pasado muy lejano que parecía soñado y, sin embargo, había sido real. A través de la ventanilla, mis pensamientos discurrieron por el mar de añejos recuerdos y me hicieron regresar a los años de mi infancia.

Yo nací una gélida noche de febrero de 1920, a la vez que caían copos de nieve que cubrieron de blanco el monte de San Ginés. Quizá por eso nunca sentía frío, según decía mi madre. Siempre tenía los brazos *remangaos*. Si no había temido al invernal que acechaba esa madrugada y me había atrevido a salir al exterior, ya nada de lo que me pasara podría asustarme. Había sido valiente desde el primer momento. Esas cosas, me repetía mi madre para hacerme una niña fuerte y capaz. Con la edad aprendí que era más fácil para ella convencerme de eso que conseguirme más abrigo con el que cubrirme. Yo fui su cuarta hija, pero la sexta al nacer.

Mi padre, que ansiaba tener otro hijo varón, tuvo que conformarse al ver que el cielo le bendecía con otra *hembra* más. Como hombre prefería a un niño, para que lo ayudara en las tareas del campo y así poder llevar algunas pesetas más al hogar. Mi madre, al mostrarle mi cara y hacerle ver que de nuevo tenía otra hija, se sintió impotente y fracasada, pero mi padre sonrió al ver mis mofletes y mi mata de pelo negro.

—Es otra niña, lo siento —exclamó apenada mi madre.

—A su casa viene y bienvenida es —la consoló mi padre—. No te preocupes, Dolores, ya tenemos a José María y a Miguel. Lo importante es que descanses y te recuperes. La niña está bien. Duerme un poco ahora.

—¿Has visto la carita tan redondita que tiene?

—Parece mentira con las miserias que pasamos y que tenga este aspecto tan saludable. Esa barriga que tenías no era normal.

—¡Menos mal que no eran gemelos, como temíamos!

—¡A Dios gracias! ¡Que ya somos bastantes que alimentar!

Lo que mis padres no sabían en ese momento era que al año siguiente nacería un nuevo hermanito, Jesús. Y que cuatro años más tarde, cuando mi madre pensaba que su cuerpo era viejo para engendrar otra criatura y que ya estaba libre de quedar embarazada otra vez, nacería mi hermana Carmela. Para mí y para el resto de la familia fue como recibir una muñeca el día de Reyes. Era la pequeña y todos le hacíamos carantoñas. Nos peleábamos por cogerla. A mí solo me la dejaban un ratito, y siempre con la supervisión de alguien. Mi hermana Concha, por ser la mayor, ejercía de segunda madre y se encargaba de acunarla y asearla. Me encantaba sentarme junto a ella mientras le cantaba una canción para dormirla. Carmela, segura en sus brazos, se dejaba mecer y cerraba los ojos hasta quedarse frita. Más de una vez, con la voz melosa de mi hermana y sus compases, me quedé dormida yo también. Recuerdo esos momentos de felicidad absoluta. No había otra preocupación

más que dormitar. Estábamos apretados en esos escasos metros cuadrados de nuestro hogar, pero me sentía muy feliz. Éramos una familia.



Los veinte fueron los años locos, o los veinte dorados, como los llamaron algunos. Fue un periodo de prosperidad económica y hubo un resurgimiento cultural en todo Occidente. Incidió en la música, en la moda, en el arte… y en la juventud. En España también se comenzó a ver ese progreso. En mi casa, no tanto.

Al día siguiente de yo nacer, ¡qué digo yo al día siguiente!, a las pocas horas de mi alumbramiento, mi madre ya estaba preparando un brasero de picón para calentar la casa. ¡La fortaleza de las personas humildes! No tenían ni un día de reposo, ni siquiera después de un parto. Estaba hecha de otra piel, o quizá eran las circunstancias de saber que no tenía más remedio que valerse por sí misma.

Desde muy pequeña aprendí algo: que había dos tipos de personas. Las que no tenían preocupaciones de qué llevarse a la boca y las que, como mi familia y yo, dedicábamos todas las horas del día a conseguir un mendrugo de pan al que hincar los dientes. Con cuatro o cinco años, ayudaba a mi madre a apañar castañas y bellotas. Me pagaban dos perras chicas por seis horas. Al principio lo tomé como un juego. Era divertido hacer una excursión al campo. También venían mis hermanas. A Carmela, mi madre la llevaba sujeta a su torso con un fular. Madrugábamos en casa. Nos abrigábamos con la ropa que teníamos, muchas de ellas donadas por vecinos o conocidos. Mi abrigo tenía más años que Matusalén y ya había pasado por varios cuerpos. Tenía un agujero irreparable en el bolsillo izquierdo. Así que solo podía guardar alguna que otra castaña en el derecho, para consumo propio. Pero no muchas, porque mamá se enfadaba si

recogía demasiadas. El dueño del castañar nos dejaba coger un puñado, pero mi madre no quería abusar porque éramos muchos.

La recolecta se hacía a mano, a ser posible con guantes para evitar pincharse con las púas de los erizos. Pero en mi casa no teníamos nada de eso. Solo mi padre tenía un par para su trabajo y esos a mí me quedaban demasiado grandes. Era aconsejable realizar la recolección de forma rápida, porque cuanto más tiempo estuvieran las castañas en el suelo, más difícil era su conservación, sobre todo si el tiempo era húmedo. Los erizos abiertos dejaban al descubierto las castañas y, con cuidado, las cogía y las metía en mi cesta. Los que no se abrían al caer los golpeábamos con palos para que se separaran y recoger el fruto. ¡Cómo me gustaba el sonido de las pisadas sobre las hojas secas!

Cuando llenaba mi cesta de castañas, las echaba en un saco. Entre todos los rellenábamos para que después algún adulto lo cerrara fuerte con una guita. Al final de la jornada, otros hombres con las mulas recogían los costales y los almacenaban para su posterior venta.

Si llovía, se suspendía la recolecta. Eso significaba que no se cobraban esas perras, ni chicas ni gordas. Muchas mañanas amanecían con niebla. Octubre era así en la sierra. A medida que subíamos la cuesta del Mato, la niebla se hacía más palpable. Y como aún no había apuntado el día, la luz tenue de las calles del pueblo lo convertía en un lugar fantasmal. Mi hermana Manuela, que era muy bromista, intentaba asustarnos. El castañar donde íbamos estaba cerca de la fuente del Castaño. La humedad del lugar se colaba por los huesos y la temperatura descendía varios grados con respecto al pueblo. Desde mi casa hasta la finca había unos tres o cuatro kilómetros, que hacíamos siempre andando. Mi padre no consiguió tener una burra hasta los años treinta, a base de mucho esfuerzo y muchas horas de trabajo. Invertir en una bestia supuso apretarse más el cinturón en casa.

Si nos crecían los pies antes de adquirir calzado prestado, el dolor de los dedos era inmenso en esas caminatas. Estuve llevando unas botas con agujero en la suela un par de meses. Mi padre me metía trozos de cartón dentro, pero con la humedad del campo duraba poco tiempo. A Rafalín, mi amigo del alma, le crecía el pie más veloz que a mí, y su madre siempre me daba los zapatos que él iba desechando, porque no tenía hermanos más pequeños. Estaba enamorada de sus botas marrones con cordones y rezaba para que le creciera el pie pronto.

—¿Qué número de pie tienes? —le preguntaba a menudo.

—El mismo que ayer y que la semana pasada —contestaba con infinita paciencia.

—¿Te aprietan esas botas?

—No.

—¿Son cómodas?

—Sí.

—¿Y calentitas?

—¡No seas pesada!

—¿Me dejas probármelas?

—No quiero quitarme el nudo. Me las ha atado mi madre.

—Cuando te queden pequeñas, me las darás, ¿verdad?

—Sabes que siempre te doy mis zapatos.

—¿Cuánto tarda un pie en crecer? —Me bastaba ver su mirada para saber que no debía insistir más.

Intentaba echar cuentas para soñar con el día de heredar su calzado, aunque no sabía mucho de cálculo y nunca acertaba con exactitud. Calzaba un veintinueve. Yo, dos números menos. Pero prefería andar con botines grandes que con mis viejos y apretados zapatos. Mi hermana Concha me dio un truco y, desde entonces, metía un poco de hojas verdes en la punta para cubrir los centímetros que me sobraban. En casa no teníamos algodón, que es lo que llegué a usar años más tarde, en la familia donde serví, cuando me daban algún zapato que aún no era de mi número.

CAPÍTULO 3

Desde siempre, Rafalín fue mi mejor amigo. Éramos de la misma edad. Aunque vivíamos en diferente calle, su familia ayudaba mucho a la mía. Él era el más pequeño de tres hermanos, que le llevaban algunos años y trabajaban en el campo a todas horas, como era costumbre en el lugar. Rafalín había comenzado a ir a la escuela durante algunas horas de la mañana. Su padre quería que aprendiera a leer y escribir. Un tal señor Salustiano le había aconsejado que tomara también lecciones de cálculo.

Las horas que pasaba en aquella enorme casa de ladrillos rojizos se me hacían eternas. La escuela graduada se había instalado en el amplio edificio de nueva construcción, donado por los hermanos Sánchez-Dalp. Hacía poco tiempo que se había conseguido la escuela graduada de niños y niñas, con cuatro secciones cada una. Me aburría si no compartía mis juegos con Rafalín. A mí no me apetecía aprender esas cosas, y menos cuando mi amigo me contaba que su maestro le tiraba de la oreja si no hacía bien el trazo o si emborronaba más de la cuenta el papel que le daba.

Estábamos en el corral de su casa cuando fuimos testigos, sin querer y sin ser descubiertos, del discurso que parloteaba un señor muy serio. El padre de mi amigo apenas decía nada; parecía estar hipnotizado por las palabras de aquel hombre, que más adelante

supimos de quién se trataba. Era el maestro, acompañado de otro elocuente señor con bigote, que apenas abrió la boca. Solo para saborear las rodajas de chorizo que Pastora, la madre de Rafalín, les puso por delante tras la charla, junto a un chato de vino.

—La escuela es el lugar donde se reúnen los críos para percibir la educación e instrucción conveniente, a fin de que el niño, luego hombre, pueda llenar mejor su destino en el mundo —comentaba el maestro con su voz grave y firme.

—El destino de mi prole es el campo, señor. Así ha sido siempre en mi familia. Somos agricultores.

—Podrá dedicarse al campo todo cuanto desees. Pero nutrir a las nuevas generaciones de cultura y sapiencia no dañará tu cosecha. Es necesario combatir este virus de nuestros pueblos. Arrancarlo de nuestra sociedad.

Al ver el gesto extraño en el rostro de Eduardo, padre de Rafalín, don Salustiano se explicó mejor.

—Me refiero al virus del analfabetismo.

—¡Ay, Señor, qué pena de nuestra España! —murmuró el caballero del mostacho.

—Solo podemos destruirlo con el antídoto de los libros. Tu hijo aprenderá a leer y a escribir, a desenvolverse con los números. Tu chico es inteligente. No hagas con él igual que con los mayores. ¡Ya tendrá edad para cavar la tierra y partirse los lomos de sol a sol!

—Estamos hechos para esa vida, don Salustiano.

—¡Eso son bobadas y excusas tontas para negarse al progreso! Gracias a la escuela, los obreros alcanzarán conocimientos útiles de inmediata aplicación a sus labores, medios prácticos de cultivo, economía rural y, en fin, una metódica enseñanza de todo cuanto puede beneficiar al hombre en el ejercicio de su profesión y elevarlo moralmente, liberándolo de las garras de la ignorancia.

Al poco de estar ocultos escuchando, nos aburrimos de inmediato ante las palabras de la visita recibida y nos fuimos a nuestros

asuntos lúdicos. No entendíamos claramente sus palabras, y Rafalín confiaba en que su padre no cedería. Su destino era el campo, al igual que sus antecesores. Pero nos equivocamos de pleno. A los pocos minutos, la voz de Pastora resonó llamando a mi amigo.

—¡Rafalín, Rafalín! —nos miramos con deseos de ocultarnos—. ¡Rafalín, tu padre te llama!

—Tengo que ir. Si no me presento, se pondrá furioso, y aún me duele el trasero de la zurra del otro día —susurró apenado.

—¡Rafalín! —insistió su madre—. ¿Dónde se habrá metido este dichoso niño?

Mi amigo salió de su escondite y bajó a toda velocidad la pequeña pendiente del corral para adentrarse en la casa.

—Este es mi hijo Rafalín. —Eduardo, orgulloso, lo presentó a los dos hombres sentados alrededor de la mesa camilla.

—¡Estás hecho ya un mozo! —dijo el maestro con la mano sobre un cachete de mi amigo.

Yo entré tímidamente tras él y, aunque creía que pasaría desapercibida, don Salustiano preguntó por mí.

—¿Y esta niña quién es? Desconocía que tuvieras una hija, Eduardo.

—¡No, no, no es mi hija! Es una amiga de Rafalín. Ella es… —Salí pitando de la casa antes de que me reclutaran también para su escuela.

Unos días más tarde, mi amigo tomaba rumbo hacia el edificio situado en Santa Catalina. Lo acompañé hasta la esquina de la calle Badía. No me fiaba mucho de esos maestros y temía que a mí también me obligaran a asistir a esas lecciones y perdiera mis horas de juegos. Aunque, sin Rafalín, mis juegos se limitaban mucho.

—Te esperaré aquí, no tardes —le dije con la esperanza de que sería breve su ausencia.

—¡Saldré pronto! ¡No te vayas!

—Acuérdate del plan. No muestres que eres listo ni intentes aprender nada. Así, el maestro pensará que eres un inútil para las letras y te echará enseguida.

—Intentaré equivocarme lo máximo posible. Cuando vea que soy un zoquete, se convencerá que mi sitio es el campo.

Pasaron los minutos y Rafalín no salía. Aburrida de esperar, conté por décima vez los árboles que ocupaban la plaza, las ventanas del convento, las veces que sonaban las campanas, las mulas que cruzaron para la calleja. Me acerqué con sigilo al edificio de la escuela y trepé para apoyarme en uno de los alféizares. Intenté asomar mi menudo cuerpo, pero no vi nada. Los postigos estaban cerrados y los cristales quedaban demasiado altos para mi pequeña estatura. Me raspé la rodilla en el intento. El tiempo parecía haberse parado. Pero las campanas sonaron de nuevo y Rafalín no salía. Cogí una piedra y pinté una rayuela en el suelo. Al menos, mientras regresaba mi amigo, jugaría un rato. Pero era tedioso jugar sola. No había emoción si no tenía una contrincante.

Al cabo del tiempo, Rafalín, junto con otro grupo de niños, salió de la escuela y me apresuré a ir a su encuentro.

—¿Por qué has tardado tanto? —le interpelé nada más verlo.

—El plan no ha funcionado.

—¿Cómo que no ha funcionado? ¿Hiciste lo que te dije?

—Sí, claro que lo hice —dijo apesadumbrado.

—¿Entonces?

—Que me he ganado tres tirones de oreja y dos mamporros —me entró la risa y mi amigo se enfureció—. ¡No te rías! Si no tenía bastante con el cinturón de mi padre, ahora de regalo los castigos de don Salustiano. ¡Esto de la escuela no trae cuenta!

—¡Cuéntamelo todo! —le supliqué sin poder cesar las carcajadas.

Terminamos los dos riendo. Aceptamos que trazando planes éramos pésimos. Se nos daba mejor inventarnos aventuras en las laderas del castillo.

Subimos al cerro y pasamos por las típicas callejas de arrabal sembradas de guijos. Descansamos en la plaza Alta y bebimos agua fresca de la fuente. Quise mofarme de mi amigo mientras me subía al muro para acortar camino.

—Venga, *so* listo, dime qué pone en esa inscripción —le dije señalando hacia el frontal de mármol de la fuente.

—¡Y yo que sé lo que pone! —contestó malhumorado, arrugando el entrecejo.

—¿Y para eso vas a la escuela? —le grité, alejada ya unos buenos metros.

—A ver si tú te crees que en un día se aprende todo.

—¡Normal que el maestro te dé coscorrones si eres un zoquete! —Y salí corriendo cuesta arriba, riéndome de él.

—¡Te vas a enterar cuando te pille, pecosa!

Rafalín corría detrás de mí. Él era muy rápido, aunque yo no me quedaba atrás. Me dio alcance en la curva y me cogió del pelo.

—¡Retira lo que has dicho! —me exigía, con mi cabello en su mano. Yo seguía con la risa, pero me di por vencida porque sabía de su fuerza.

—¡De acuerdo, de acuerdo, lo retiro! ¡Suéltame!

—Algún día seré capaz de leer todas las letras y entonces te pasearé por todas las plazas del pueblo para descifrar cada rótulo.

—¡Trato hecho! —sellamos con un apretón de manos.

Rafalín y yo a veces nos peleábamos, pero nunca ejercía toda su fuerza contra mí. Eran luchas de mentirijillas. Él me enseñaba a defenderme y, si alguna vez, con nuestras riñas absurdas, llegábamos a las manos, siempre sabía que no me haría daño.

Nos queríamos demasiado. Era un niño travieso, pero nunca se metía en broncas ni lo vi discutiendo con otros.

Nos encantaba imaginar aventuras e inventábamos historias de soldados, luchadores y combates. Yo era una heroína guerrera, nada de princesa; me enfrentaba con monstruos y ogros gigantes que querían robarme mi lujoso castillo.

A veces, si subían otros niños, jugábamos a combatir contra ellos, a conquistar el torreón grande y a buscar el tesoro que, según la leyenda, seguía escondido en algún sitio del cerro.

Al avanzar la calle, recta e inclinada, había una verja. Cuando no la abrían a tiempo, debíamos trepar la ladera arriba y llegábamos a una cruz de palo, no muy recia, hincada en la argamasa de un torreón. La hierba verde nos invitaba a sentarnos o a tumbarnos, según llegáramos de cansados. Allí se detenía el tiempo y se pausaban todos los problemas del mundo.

—Cuéntame cómo es la escuela. ¿Te ha gustado?

—El aula es grande, limpia y tiene grandes ventanas.

—¿Cuántos niños hay?

—Tiene dos filas de pupitres a cada lado, pero no sabría decirte cuántas en total. Hoy han faltado varios alumnos. Estábamos doce.

—¿Con quién te tocó sentarte?

—Con Requena. ¿Te lo puedes creer? —dijo con cara de resignación.

—¿En serio? ¡Si nos cae fatal!

—¡Cómo si yo lo hubiera elegido! ¡Qué graciosa! Me obligó el maestro. Y aunque ya en la entrada, subiendo las escaleras, vi a Barzabal, don Salustiano me indicó mi asiento.

—¿Y no podías cambiarte o elegir otra banca?

—¡Esto es la escuela, querida! Aquí manda el maestro y punto.

—¡Se te acabó la libertad! —sentencié.

—Pues sí. No sé qué ventajas le ve mi padre a esto, porque yo no veo ninguna.

—Bueno, aprenderás a escribir y a leer. Eso dijo don Sa… sa…

—¡Don Salustiano!

—¡Eso, don Salustiano! ¡Es raro hasta para el nombre! —ambos reímos con mi ocurrencia.

—Si al menos tú estuvieras conmigo.

—¡Sí, hombre, para que me dé mamporros como a ti! ¡Calla, calla!

—Lo mismo a ti se te da mejor que a mí —lo miré con incredulidad absoluta—. ¡No me mires así! El maestro dice que para escribir bien hay que tener paciencia y buena letra.

—Paciencia es lo que menos poseo.

—No es cierto. Cuando quieres, sabes esperar.

—¡Eso es verdad, he estado toda la mañana aguardando tu salida! —me reí con ganas.

—Hay varios grupos de chicas. He oído decir que se ha solicitado la construcción de grupos escolares, que ya han pensado hasta en el solar donde ubicarlo, al lado del matadero de Isidoro Rubio.

—¿Y nos obligarán a todos los niños a ir a la escuela?

—Don Salustiano dice que en otros países ya se está consiguiendo y que pronto en España la escuela estará normalizada y no habrá niños fuera de los muros de la institución.

—Suena a cárcel. ¡Yo paso!

—¡No seas bruta! ¿No te gustaría aprender a leer? Debe ser divertido.

—¿Divertidos los tirones de orejas? No, gracias.

—¡Mira que eres cobardica!

Sonreí y me sentí afortunada. Dichosa por tener un amigo como él y por estar allí, porque el cerro del castillo era nuestro lugar preferido de juegos y aventuras. Subíamos por los riscos y simulábamos que las piedras alargadas eran nuestras casas, las diferentes dependencias de nuestro hogar. Imaginábamos que nos tumbábamos sobre lujosos divanes y tomábamos café en tazas

de porcelana, emuladas con piedras calcáreas que encontrábamos en el suelo.

El monte, si era otoño y había llovido, se envolvía en un manto verde frondoso. Su fresca hierba nos dejaba los pies helados, pero nada nos gustaba más que corretear por esos lares. Saltando de roca en roca y subiendo a los antiguos torreones que tuvieron mayor esplendor en la época almohade.

Las antiguas murallas del castillo estaban muy deterioradas. Con el paso del tiempo, habían perdido muchas de sus piedras. Unas porque habían caído y rodado ladera abajo; y otras, su gran mayoría, porque la gente del pueblo las había acarreado para construir sus propias casas o parte de los edificios locales.

A mi madre no le gustaba que jugara en las vetustas murallas por el peligro que representaban y porque, a decir verdad, era una temeridad andar sobre ellas. Tenía muchas piedras sueltas y un traspié podía suponer una caída de consideración, ya que, aunque el castillo estaba derruido, había una gran altura. ¡Pero cómo no asomarse desde allí para ver desde lo alto nuestro pueblo, nuestros campos y nuestra sierra…? Era un cuadro panorámico que teníamos el privilegio de contemplar cada día.

Era una delicia tumbarse en primavera sobre la hierba llena de margaritas. En el silencio del lugar, oíamos el trinar de los pájaros, el balido de las ovejas y algún que otro gallo de los corrales cercanos.

Y en las noches de verano, nada mejor que subir al castillo en busca de un airecillo refrescante. Contemplar el cielo estrellado y limpio que nunca hallaría en ninguna otra parte. Soñar con la inmensidad desde el paraíso habitado.

CAPÍTULO 4

Sin duda alguna, la visita a Aracena de los reyes, don Alfonso XIII y doña Victoria Eugenia, en octubre de 1929, supuso un antes y un después en mi vida. Sin yo pretenderlo, ni siquiera imaginar qué planes habían trazado para mí, aquel día marcó el final de mi etapa infantil y el comienzo de una nueva existencia. Fuera de mi pueblo, lejos de mi familia y rodeada de extraños.

Amaneció un día esplendoroso y el pueblo se engalanó. Aracena se adornó desde la entrada de la villa hasta la ermita de San Pedro. A pesar de ser martes, no hubo escuela. Rafalín vino temprano a mi casa y nos fuimos a la entrada de la finca de Valdehelechoso. Allí se había congregado, junto al ensanche de la Venta, la mayoría de la población, expectante por ver llegar los coches oficiales. Hubo alguna que otra riña por coger un buen sitio. Nadie se quería perder el saludo de los reyes. Pillar un buen hueco en el muro de piedra se convirtió en el objetivo de la mañana. Desde mi posición encaramada, sentía las piernas entumecidas, pero por nada del mundo cedí mi lugar. No sé cuánto tiempo transcurrió, pero gracias a unas naranjas que repartieron, la espera se hizo menos tediosa.

Se respiraba un gran ambiente entre las calles de Aracena. Días previos, el señor alcalde, don Zacarías Rodríguez, había rogado a sus convecinos que blanquearan sus casas y limpiaran las aceras.

Todo estaba blanco y pulcro. Cualquiera que no hubiera estado nunca en la sierra pensaría que estrenábamos pueblo. Ayudé a mi madre a pintar con cal toda la fachada, a pesar de que por allí no pasaría el cortejo real. Nunca supe si fue por devoción de mi madre a los monarcas o fue por decreto de los que gobernaban. El caso es que, una vez más, me tocó limpieza a fondo y desperdiciar todas las horas del día en las tareas domésticas. Pastora también había adecentado sus paredes y había colocado grandes macetones en la entrada de su hogar. Rafalín vivía en la calle Pozo de la Nieve, cerca de la entrada de la gruta.

Sobre la una de la tarde llegaron los regios visitantes. Sus hijos don Jaime, doña Beatriz y doña Cristina no quisieron perderse la oportunidad; por eso, acompañaron en ese viaje a los monarcas, junto a los infantes don Carlos y doña María Luisa, asiduos veraneantes en la localidad. Eran tan queridos que habían sido nombrados hijos adoptivos de Aracena.

Los chiquillos corrimos tras los coches, saludando y agitando banderitas que nos habían dado para la ocasión. Recibí empujones, pisotones y me caí dos veces, pero nada me impidió correr tras esos automóviles negros y brillantes. Era una ocasión especial. Un momento único.

Al igual que ya ocurrió en 1915, las ovaciones y las demostraciones de afecto a la familia real se presenciaron en todas las calles. Alrededor de la entrada de la gruta se agolparon muchas personas que casi impedían el paso de la comitiva real.

Durante esos años se habían descubierto nuevas salas, muchas de ellas gracias a un valeroso obrero que había tenido la audacia de lanzarse a uno de los lagos con un candil de minero y pudo explorar a nado por lo desconocido.

Rafalín y yo atajamos camino y llegamos a su casa. A través del corral, nos subimos al tejado para que nadie nos ocultara las vistas. Cuando llegaron los coches, bajaron Sus Majestades y la gente

vitoreó y aplaudió entusiasmada. La banda de música los recibió al son de platillos y bombos. Todo se tiñó de fiesta y alegría.

Cuando mi madre me vio subida a las tejas, casi le da un soponcio. Me ordenó que me bajara enseguida de allí. Las coletas que me había cogido esa mañana estaban ya deshechas, y del tirón que me dio una vez que puse los pies sobre el suelo, se deshicieron por completo. A regañadientes, me entró a empujones al interior de la casa de Rafalín y le pidió a su madre, con urgencia, un peinecillo para aderezarme.

—Precisamente hoy que van a conocerte los señores —gruñó mi madre.

—¿Qué señores, mamá? —pregunté sin saber de qué hablaba.

—¡Madre del Mayor Dolor! —anunció como presagio de un mal superior—. ¿Qué voy a hacer contigo, niña? —señaló mis rodillas rasguñadas y sucias.

—Te traigo una aljofaina —se adelantó a decir Pastora, la madre de mi amigo.

Mi madre me lavó las rodillas y las pantorrillas sucias, y de paso me restregó bien la cara, las manos y todo lo que había visible de mi delgaducho cuerpo.

De un nuevo tirón me sacó a la calle y no me dio tiempo ni a decirle un adiós a Rafalín, que desde que habíamos bajado del tejado no había pronunciado un solo vocablo. Quizá avergonzado o arrepentido por ser partícipe de mis travesuras, pero en esa ocasión solo yo recibí reprimenda. Se limitó a mirar sin entender nada de lo que sucedía.

Una vez en la calle, mi madre me hizo esperar a su lado. No me dijo ni una sola palabra. Solo que aguardara en silencio a su lado y que no me metiera el dedo en la nariz.

Al cabo de media hora, que a mí se me hizo eterna, una señora con un gran collar de perlas se apartó de la comitiva real y se acercó a nosotras. Me miró de arriba abajo y mi madre le hizo una

especie de reverencia. Después supe que la mujer era la marquesa de Aracena.

—¿Cómo te llamas, preciosa? —oí decir sin saber que se refería a mí con ese piropo tan inusual en mi ambiente.

—Contesta a la señora, niña —dijo mi madre con un acento tan educado que dudé si era ella o una impostora.

—Me llamo Cayetana, para servirla a usted. —Un apretón en mis costillas me recordó inclinar mi cabeza y mi torso.

—Vaya mañana temprano a San Miguel. Saldremos para Sevilla antes del mediodía. No hace falta que lleve equipaje. Todo lo que ella necesite se lo proporcionaremos allí. —La marquesa se marchó y miré a mi madre sin entender nada.

Su mutismo y la mirada cómplice que le dirigió a mi padre me dejaron aún más intrigada. A hurtadillas, escuché la breve conversación que mantuvieron tras la cena cuando suponían que dormíamos.

—¿Cuándo se va? —preguntó mi padre.

—Mañana a primera hora. Tengo que llevarla a San Miguel y desde allí partirán hacia Sevilla.

—Creía que nos darían varios días para los preparativos.

—La señora me comentó que no necesita nada, que todo se lo proporcionarán ellos —guardaron silencio y me mantuve inmóvil—. ¿Crees que estamos haciendo lo correcto?

—Dolores, somos muchas bocas que alimentar. Es una gran oportunidad para ella.

—¡Ay, mi niña! —suspiró compungida.

—Ya nos explicaron que no necesitan sirvientas mayores. Concha no consentirá irse de Aracena, teniendo aquí al novio. Ya tiene diecisiete años; pronto nos dejará y formará su propia familia.

—¡Ay, no digas eso, es muy joven aún! —suplicó mi madre.

—¡Con esa edad te casaste tú y mira, aquí estás, vivita y coleando!

—¡Eran otros tiempos! —trató de convencerse.

—Dolorcita está siempre enferma y muy débil. Y Manuela ya trabaja en la panadería.

—Solo quiero que esté bien y que no cometamos un error.

—Aprenderá un oficio y estará bien atendida y nutrida.

—Nos odiará toda su vida —dijo apenada mi madre sin yo saber aún que hablaban de mí. O, más bien, sin querer creérmelo.

—Le costará al principio, pero ella es fuerte y será capaz de soportar esta dificultad. Con el tiempo, nos lo agradecerá.

—Vámonos a la cama. Mañana será un día duro —sentenció mi madre.



Amaneció demasiado pronto para mí. Mis sospechas fueron ciertas. Era de mí de quien hablaban la noche anterior. Era yo quien se marchaba a la casa de la marquesa. Mi madre me preparó un tazón de *migao*. Lo noté más rebosante que otros días. Más contundente. El resto de la familia dormitaba. Mi padre, que se había levantado el primero como cada mañana, me dio un beso y un abrazo cálido, de los que pocas veces recibí. No porque él no me quisiera, sino porque, con los años, había dejado de ser tan afectuoso.

—Cayetana, aquí está tu casa y tu familia. No creas que te abandonamos. —Sus palabras me dejaron sin habla.

—Papá, ya sé que este es mi hogar…

—Hija, lo que tu padre intenta decirte es… —Su voz se quebró.

—Tu madre y yo queremos que aproveches esta oportunidad que te ofrece la marquesa. Hoy partirás con ellos hacia Sevilla. Trabajarás en su casa a partir de ahora. Pórtate de forma correcta. Lo hacemos por tu bien. Por tu futuro —lo soltó de carretilla y mi mirada perpleja hizo que se emocionara, a pesar de ser un hombre fuerte.

—¡Apresúrate, cariño! Debemos ser puntuales.

Él salió por la puerta con la excusa de que se le hacía tarde. Vi que se secaba las lágrimas con disimulo. Me miró una vez más y sus ojos entristecidos me angustiaron. Pasó mucho tiempo hasta que volví a ver de nuevo a mi padre. Pero eso, en aquel momento, no lo sabía; si no hubiera salido a correr tras él y me hubiera abrazado con fuerza. Le hubiera dicho lo mucho que lo quería y lo guapo que era. Que me encantaba su risa y me gustaba cuando besaba a mamá. Que quería silbar bonitas canciones como hacía él. Que era el mejor papá del mundo.

No pude despedirme de mis hermanos, que dormían ajenos a todo. Me hubiera gustado darle a cada uno un fuerte abrazo. Muchas noches posteriores me arrepentí de no haberlos despertado, porque durante mucho tiempo me faltaron sus besos y sus mimos.

Con nueve años caminé por última vez por la calle Pedrinazzi, de la mano de mi madre. Ambas caminábamos en silencio. Al cruzar la plaza Alta, sentí un viento gélido en mi cara. Miré hacia los torreones y me acordé de Rafalín. Detuve mis pasos. Me alejaba del lugar donde era feliz y no sabía si algún día recuperaría a mi amigo. No había tenido oportunidad de despedirme de él, de explicarle el motivo de mi marcha. Sentí una tristeza inmensa que me provocaba un dolor agudo en el pecho.

Varias lágrimas resbalaron por mis mejillas, enrojecidas por el frío. Mi cuerpo temblaba y mis dientes tiritaban. A él tampoco podría decirle adiós. Un llanto repentino se hizo presente y fui consciente en ese instante de la situación. Mi madre apretó con fuerza mi mano para instarme coraje, pero yo carecía de ello en ese momento.

En el barrio de Santo Domingo se detuvo y se quitó el fular que llevaba puesto en el cuello. Me lo enrolló para darme calor y me miró con ternura.

—Para que tengas un recuerdo de mamá —pronunció con cariño—. Cayetana, no llores. La marquesa creerá que estás triste.

—Es que estoy triste, mamá.

—Sí, pero pronto agradecerás tu nuevo destino. Comerás y dormirás caliente.

—Prefiero quedarme con vosotros. Comeré menos, si ese es el problema. —Mi madre sonrió.

—Tendrás la oportunidad de conseguir un futuro mejor del que podemos ofrecerte tu padre y yo.

—No quiero irme de mi casa. Me gusta nuestro hogar.

—Cayetana, pronto nos volverás a ver. Ya verás. Sé buena y obedece. No quiero que la señora te vea llorando. Pensará que eres una desagradecida.

Me limpió los mocos y me dio un beso sonoro en la mejilla. Continuamos el camino, pero ya en silencio. No dijo nada más. Seguro que la despedida le partía el corazón, aunque yo en ese momento no lo supiera.

Llegamos a la finca. Aún no había amanecido. Mi madre me abrazó durante unos segundos. Una criada aguardaba nuestra llegada a la entrada del palacete. Su cuerpo era enorme, e imponía con solo mirarla. Su rostro me pareció serio. Sus pequeños ojos oscuros tenían una mirada penetrante y percibí cómo me escudriñaba. Llevaba su pelo recogido en un moño que le acrecentaba el halo de autoridad. Me tendió la mano como saludo y me invitó a seguirla. Subí los peldaños de mi nuevo hogar. Miré hacia atrás para decirle adiós a mi mamá y aguanté las ganas de llorar. Ella, paralizada en el rellano de la finca, alzó la mano y me lanzó un beso. Cuando crucé la puerta, mi madre caminaba cabizbaja de vuelta a casa y con el corazón partido en dos.

CAPÍTULO 5

Seguí a la mujer y cruzamos la puerta de entrada. Un coqueto recibidor fue la primera estancia que vi en aquel palacete. La casa era enorme. Techos altos con muebles lujosos. Sujetaba con timidez mi humilde bolsa. La mujer me condujo a un salón cubierto hasta la mitad de la pared con azulejos. Nunca había visto una habitación similar. Al fondo, una chimenea encendida que mantenía un ambiente cálido y acogedor. Tuve la tentación de acercarme sin permiso de la gobernanta. Mis pies helados me recordaban la escasa ropa que me cubría, a pesar de que mi madre había intentado abrigarme bien. Era un frío diferente. Uno que se instala en los huesos cuando estás asustada y sola. Ese frío no se quitaba ni con las llamas ardientes de los mejores leños. Dos butacas de piel de color verdoso, próximas a la candela, reflejaban el ambiente tranquilo del salón. El centro lo ocupaba una mesa maciza de madera con sillas tapizadas alrededor. Al lado, un aparador alto con pequeños cajones. Me quedé embelesada con la figura religiosa que estaba encima y no me di cuenta de que la mujer me hablaba.

—¿Me estás escuchando, niña?

—Perdone. Estaba distraída.

—Me llamo doña Federica. Soy la gobernanta de la casa.

—Yo soy Cayetana.

—¡Ya sé quién eres! —dijo con un tono de impaciencia—. Espera aquí. La señora bajará en breve para saludarte.

—¿Puedo acercarme a la candela? —pregunté con temor a que me negara mi petición.

—¡Haz lo que quieras, pero no toques nada!

Arrimé mi cuerpo a las llamas. Los chasquidos que emitía me hipnotizaban. Mi cuerpo dejó de tiritar y me sentí más reconfortada, aunque el temor a lo desconocido me rondaba aún. No sabía si podía sentarme en la butaca o no. Estaba cansada de estar de pie, pero al mismo tiempo, temía que si me aposentaba en ella me quedara dormida. No quería defraudar a mi madre. Intenté portarme bien, al menos por una vez.

Una fotografía me llamó la atención. Me acerqué para contemplarla mejor. No se parecía a la señora. Debía de ser otra. Me fijé en sus ojos, y para nada eran como los de la marquesa. Justo cuando iba a coger el marco para ver mejor, una voz detrás de mí me alertó.

—¡Yo que tú no haría eso! —dijo una voz juvenil—. Si te pilla la leona, no tendrás finca para correr.

—¿La leona? —pregunté sin saber a quién se refería.

—Doña Federica. La apodamos así en secreto, pero no digas que te lo he dicho yo —y rio acercándose a mí—. ¿Eres la nueva?

—Sí. Soy Cayetana.

—Yo soy Isabel —me dio dos besos que me cogió desprevenida—. Bueno, me marcho ya. Tengo muchas tareas que hacer antes de partir para Sevilla.

—Me han dicho que espere aquí —dije, excusándome.

—Normalmente nos hacen esperar en la cocina. Has tenido suerte. Aquí se está mejor. Pero con el jaleo que tenemos del viaje a la capital, la cocina está patas arriba.

—¿Nos veremos después? —le pregunté por ser la única que me había dado conversación y, también, porque aparentaba solo unos años mayor que yo.

—Seguro que sí —se dirigió hacia la salida—. ¡Y recuerda, no toques nada! —Y sin más desapareció.

Isabel me pareció muy simpática. Se me ocurrían miles de preguntas que hacerle, pero ya tendría ocasión la próxima vez que nos viéramos.

Decidí sentarme porque si esa iba a ser mi casa a partir de ahora, pensé que en mi hogar podía hacerlo cuando estuviera cansada. Para que no me regañaran, lo hice en una silla. Estaba más distante de la chimenea, pero el calor llegaba bien. El aburrimiento hizo que me fijara en cada rincón de la estancia. Era una habitación alargada, con solería antigua. Un tapiz con escudo presidía el salón, pero hasta unas semanas más tarde no supe qué significaba.

Me quedé adormilada y no advertí la presencia de la marquesa hasta que me tocó el brazo. Tener la cabeza ladeada durante mi improvisado sueño me dejó un dolor de cuello que me duró todo el día.

—Ya has llegado —pronunció con una voz suave.

—Perdone que me haya dormido. Ha sido solo un instante. Se está tan calentita aquí… —solté de corrido, poniéndome de pie de un salto y alisándome el vestido.

—No te preocupes, es normal. A mí hoy también se me han pegado las sábanas. Vamos con retraso y tardaremos un rato en preparar todo el equipaje.

Me sentí avergonzada y lamenté haberme adormilado. Aún no sabía mi cometido en esa casa y ya estaba metiendo la pata.

—Imagino que es la primera vez que vas a trabajar.

—Sí, señora. Bueno, a decir verdad, he trabajado apañando castañas. —La marquesa sonrió.

—¡Oh! Tengo entendido que es un trabajo agotador y tú eres aún muy pequeña para esas labores.

—Ya he cumplido nueve años —dije orgullosa.

—¡Toda una mujercita! —agradecí el cumplido—. Espero que tu jornada en nuestra casa no te suponga tanto esfuerzo físico.

—No se preocupe por mí, señora. Soy fuerte. —La mujer rio y me miró con ternura.

—Está bien. Ya veo que eres tenaz.

No supe qué significaba esa palabra, pero por el tono de su voz intuí que era algo bueno en mi caso. Más adelante averigüé que tenaz era parecido a cuando mi padre me llamaba testaruda, pero dicho con un poco de más elegancia. Y es que la marquesa era una mujer elegante, culta y muy bien hablada. Me gustó desde el primer momento. Siempre fue muy cariñosa y atenta conmigo.

—Tu sueldo, en principio, lo fijaremos en veinte pesetas mensuales. —No creí lo que escuchaba. Me parecía haber entendido mal—. Es lo que pagamos a las sirvientas primerizas como tú. ¿Te parece bien?

—¿Ha dicho veinte pesetas? —pregunté incrédula.

—Sí. Doña Federica te indicará tu horario y tus tareas.

—Sé hacer un poco de todo. Lavar la ropa, limpiar la casa, fregar la loza… Incluso cuidar de los animales.

—Ya veo que eres una muchacha muy dispuesta —dijo con una gran sonrisa—. Tu madre no me engañó cuando me habló de ti.

—¿Mi madre le habló de mí? —pregunté asombrada.

—Conozco a tu madre desde hace muchos años. Ella estuvo trabajando en la finca cuando era joven.

—Sí, lo sé.

—Necesitábamos una nueva doncella y me acordé de que tenía varias hijas con edad de trabajar. Ella me habló de ti.

—¿Y me prefirió a mí antes que a mis otras hermanas?

—No os conozco a ninguna, pero tu madre me dijo que la mejor candidata eras tú.

—Bueno, no sé qué decir. Es cierto que Concha nunca dejaría Aracena. Dolorcita casi siempre está enferma, la pobre, y…

—Y Manuela trabaja en la panadería y le va muy bien. Lo sé todo sobre vosotras.